



Número 5
Diciembre de 2001



Artículo:

Patriotismo y precensura, características del periodismo norteamericano después del 11-S

Autor:

Gerardo Reyes

Universidad de La Sabana
Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Campus Universitario, Puente del Común- Chía
Teléfono 8615555 Ext:1907-1908
A.A:140013 Chía
<http://www.periodismo.edu.co>
Chía, Cundinamarca

Patriotismo y precensura, características del periodismo norteamericano después del 11-S

Resumen:

A medida que se conocían los responsables de los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono, y que Estados Unidos, realmente triste y rabioso se envolvía en banderas, los periodistas terminaron contagiados por la indignación y la intolerancia hacia los culpables que cambiaron brutalmente la historia de su paraíso y empezaron a dar muestras de desesperación y falta de independencia. Un análisis de la ética en tiempos de conflicto, deja claro que la pregunta ¿Cómo debemos manejar el terrorismo en los medios de comunicación? queda aún sin respuesta. *

Gerardo Reyes

Periodista colombiano radicado en Miami y encargado de la cobertura para América Latina de El Nuevo Herald. Fue miembro del equipo del The Miami Herald que ganó el Premio Pulitzer en 1999. En 1993 obtuvo el primer lugar en la categoría de prensa de la Asociación Nacional de Periodistas Hispanos. En 1987 recibió el Premio Nacional de Periodismo del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB) y en 1986 obtuvo el Premio de Periodismo Simón Bolívar. Es abogado de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, se ha desempeñado como asesor editorial de las revistas Semana, Gatopardo y Punto-Com y ha sido corresponsal del diario El Tiempo. Es autor de los libros *Periodismo de Investigación, Made In Miami* y *¿Por quién votar?*.

* Este artículo corresponde a la participación del autor en el Encuentro Internacional *Terrorismo, conflicto y medios de comunicación*, realizado en la Universidad de La Sabana el 18 de octubre de 2001.

Patriotismo y precensura, características del periodismo norteamericano después del 11-S

Gerardo Reyes

El domingo pasado, cuando la señora Gloria Lisch caminaba con su perro labrador frente a su casa en Daytona Beach, en la Florida, un grupo de reporteros se le acercó para tomar sus impresiones sobre el reciente hallazgo del FBI en relación con el brote de Ántrax en la zona.

Lisch no era una transeúnte cualquiera a quien los reporteros buscaban para una reacción de relleno. Ella es la esposa del Editor del tabloide sensacionalista The Sun, que se dedica igual que otras publicaciones de la empresa American Media, a esculcar la vida íntima de las celebridades de Estados Unidos, algunas veces incluso cuando pasean sus perros.

Los periodistas se acababan de enterar, a través del FBI, que la señora Lisch había alquilado un apartamento suyo a dos de los terroristas que utilizaron uno de los aviones para estrellarlo contra las Torres Gemelas. Se trataba de un capítulo importante en la investigación, pues no es la primera vez que se conocía un vínculo directo entre los terroristas y la comunicación.

Cuando se le acercaron los periodistas, la señora Lisch les dijo: “No puedo creer lo que ustedes hacen, no vamos a hacer ningún comentario”. Posiblemente esa ha sido la reacción de muchos de los sujetos de persecución fotográfica de la revista, pero se me ocurre que la escena es una ilustración involuntaria de lo que está ocurriendo a los americanos y a muchos periodistas desde el 11 de septiembre.

Después de muchos años de mirar el terrorismo con binoculares, sacrificando los matices de la cercanía, ignorándolos. Después de ser ellos los analistas fríos, los fotógrafos implacables del percance ajeno, ahora el terrorismo está en sus casas, en sus salas de redacción, y la impresión que están dejando es que a la hora de las tragedias nacionales, ellos son iguales a los periodistas del resto del mundo, incluso más rápidos en perder la compostura.

Nos ha emparejado la adversidad. Hoy somos un poco más parecidos a ellos aunque ellos no lo quieran. Pero antes de entrar a analizar estas actitudes desconocidas o singulares de los periodistas americanos, quiero empezar por reconocer como lección, la importancia de aprender lo que hizo el periodismo, sobre todo la televisión en Estados Unidos, durante la extensa cobertura en vivo de la destrucción de las Torres Gemelas, The Wall Street Center y de uno de los lados del Pentágono: es la serenidad con la que los grandes presentadores de televisión narraron las imágenes angustiosas de una tragedia de la cual ellos no eran testigos privilegiados, como generalmente los periodistas lo somos. Veían lo que todo el mundo veía. Sabían lo que todo el mundo sabía y en lugar de especular, de caer en esa tentación de imaginar las cosas al aire, se limitaron a describir, sin gritos ni lágrimas, las escenas de destrucción y pánico que tenían frente a ellos. No vi una imagen de manos y piernas sueltas. Creo que solamente el lanzamiento al vacío de algunos de los ocupantes desesperados de las torres.

Las críticas iniciales a la cobertura de la televisión fueron mínimas. Jennings fue criticado por sus comentarios exigiendo que el Presidente debía dirigirse a la nación casi de inmediato. Como ustedes recuerdan, Bush estuvo perdido un largo tiempo de las transmisiones cuando todo el mundo estaba esperando una reacción y nadie sabía donde estaba.

En ese momento a nivel ya del campo del debate y aún con los escombros y las fumarolas de las Torres Gemelas de New York, Ted Cobel, que es el conductor de un programa periodístico muy prestigioso, al final hizo un resumen del acontecimiento con algunos de los protagonistas. Él también se llevó los aplausos. En esos momentos en los que empezaron los primeros gritos de la furia nacional, escuché a Cobel preguntar a un panel de expertos por los muertos de Hiroshima y Nagasaki y por otros actos de destrucción patrocinados por el gobierno de Estados Unidos. Fue un raro esfuerzo por demostrar que a los americanos les duele dos veces la tragedia. Una por lo que ven y otra por lo que no saben. Por la ignorancia de lo que hay detrás de la ira de los musulmanes. Esa ignorancia que golpea al ciudadano común, porque en su cándido análisis no entiende cómo es posible que miles y miles de personas de otra cultura acumulen tanto odio contra un país que sólo quiere el bien; y no estoy siendo cínico, la actitud del americano medio es y tiene el concepto, tal vez por su filosofía Calvinista,

de que Estados Unidos es un país llamado a contagiar al mundo con el bien y no lo hacen de una manera arrogante, es una actitud espontánea.

Aquí, quiero hacer una digresión porque ese sentimiento de incompreensión que tiene en este momento el pueblo americano se contrasta con un país que tiene las mejores bibliotecas del mundo, que tiene las mejores fuentes de información y donde las librerías son tan grandes como los supermercados, eso para no hablar de los especialistas que posee en diferentes áreas. La semana pasada vimos en televisión a un especialista americano en formaciones rocosas de Afganistán contratado para que descifrara en qué sitio podría estar Bin Laden. Existen incluso especialistas en Colombia. Yo me sorprendo cuando me siento a hablar con ellos de la cantidad de cosas que saben. Estos señores se leen, por ejemplo, la colección de libros “Hechos de Paz”, que publica la Presidencia de la República de Colombia, que nadie aquí ha leído. Los tienen subrayados, citan al diario El Siglo, Citan periódicos regionales, saben quien es exactamente el primo hermano del “Mono Jojoy”, cosas tan particulares que yo termino preguntándome: ¿a quién sirve toda esta infraestructura de información?, ¿por qué los expertos en Estados Unidos aparecen solamente cuando hay guerras?

La ceguera del patriotismo

Pero volviendo al tema anterior, el patriotismo está metido en las salas de redacción de los periódicos y de los medios de comunicación. En cada puerta hay una bandera de papel de Estados Unidos, yo creo que 8 de cada 10 carros que veo pasar enfrente de mi casa llevan la bandera y casi todos los edificios públicos y privados están envueltos en esa bandera.

A medida que se conocían los responsables de los ataques y que el país realmente triste y rabioso se envolvía en banderas, los periodistas terminaron contagiados por la indignación y la intolerancia hacia los culpables que cambiaron brutalmente la historia de su paraíso y empezaron a dar muestras de desesperación y falta de independencia que, ni en las épocas de Pablo Escobar o los asaltos de la guerrilla y o de los paramilitares en Colombia, he visto.

En su emotiva aparición en el programa de David Letterman, Dan Rader, le dijo al Presidente que él estaba dispuesto a formarse donde él se lo mandara. Hablaba como

ciudadano, pero en una expresión de ese patriotismo que se está viviendo en todo el país. La avalancha de declaraciones guerreristas vino detrás. Exclamaciones sin escrúpulos de periodistas pidiendo venganza, destrucción, lecciones sangrientas. Estas son algunas de las recogidas por el Firmness Accuracy News Reporting:

"Los Estados que han apoyado a Bin Laden y a gente como él, necesitan sentir dolor. Si aplanamos parte de Damasco o Teherán será parte de la solución", dijo el Editor del National Report. "No es el momento de ponerse sofisticados sobre cómo localizar a los individuos específicos directamente involucrados en este ataque terrorista, debemos invadir sus países, matar sus líderes y convertirlos al Cristianismo. No fuimos puntillosos al localizar y castigar a Hittler y a sus oficiales, alfombramos de bombas ciudades alemanas, matamos civiles, esa es la guerra y ésta es la guerra, escribió la columnista Ana Culter. The Wall Street Journal en una editorial del 13 de octubre, exigió a Estados Unidos ponerse serio en la lucha contra el terrorismo y, entre otras cosas, eliminar la regla que hacía más difícil la selección de informantes para trabajar en antiterrorismo. Decía el editorial: "Por temor de tener bandidos, la CIA decidió que solo iba a contratar Boy scouts". Lo que no decía el diario es que uno de los reclutados por la CIA no era necesariamente un Boy scout, era Osama Bin Laden con quien la CIA trabajó en los 80 como combatiente en la lucha contra el comunismo.

Ante esta estampida nacional de las emociones, algunos críticos de medios reaccionaron atónitos y esa es la gran ventaja de esta sociedad. Yo no digo que en Estados Unidos no haya autocensura por cuestiones económicas y políticas o por cuestiones de conveniencia. La diferencia, entre ellos y nosotros, es que allá se conocen, se ventilan, se dicen las cosas con nombre propio, a través de órganos que curiosamente son manejados o elaborados por académicos y estudiantes. Hablo por ejemplo, de publicaciones como Columbia Journalist Report donde se está constantemente haciendo una supervisión de las tendencias de la prensa, de sus equivocaciones y de sus aciertos.

A respecto decía un crítico: "Hemos escuchado que es importante que los periodistas sean independientes del Gobierno. En algunas ocasiones esa independencia ha sido más aparente que real. En otras, ha sido una realidad que se aprecia y una fuente de orgullo profesional, pero hoy, al juzgar por el contenido de la reportería de las

programadoras nacionales de televisión, ese orgullo se derrumbó con las Torres del Wall Street Center.

Precensura respaldada

Con ese ambiente tan favorable, el gobierno del Presidente Bush se sintió a sus anchas para empezar a exigir cosas a los periodistas. Lo primero que hizo fue pedirles a las programadoras que no transmitieran los mensajes de Bin Laden. La Asesora de Seguridad de Estados Unidos le pidió a los canales de televisión que se abstuvieran de emitirlos, por cuanto estos mensajes podrían contener información en clave para sus tropas y aliados en el mundo.

La respuesta fue positiva, las grandes cadenas aceptaron a medias o completamente el pedido del gobierno y se comprometieron en adelante a revisar los comunicados antes de ponerlos al aire. “Haremos lo que sea nuestro deber patriótico”, respondió el ejecutivo del News Chore, Rupert Murdoch.

CNN consideró el consejo de las autoridades apropiado, y entusiasmado con la respuesta, el gobierno se dirigió a la prensa escrita. Ahí no tuvo mucha suerte. La respuesta de la prensa fue: “señores del gobierno ustedes ocúpense por manejar la guerra que nosotros manejamos las noticias”.

Lo que siguió en todo este proceso, en este mes, fue una operación mucho más conocida para los periodistas americanos y sus audiencias. Una práctica que se usa en Estados Unidos desde que George Washington exageraba las bajas británicas de la guerra de Independencia para mantener la moral de las colonias. Es la censura de la guerra.

El gobierno advirtió a los Medios que no esperaran mucha información sobre los bombardeos a Afganistán y los medios han aceptado sin mayores protestas, como lo aceptaron en la Guerra del Golfo, aún a riesgo de no enterarse de masacres que años después, si reportó.

Lo que se practica en este momento en Estados Unidos no es ni siquiera una censura en relación con la guerra, porque en el modelo de la censura el mensajero conoce el mensaje y se le pide que no lo revele. Se aplica el modelo de la pre-censura, que

consiste en no permitir a los reporteros el acceso al campo de batalla y mantener bajo el control del Gobierno la información sobre las acciones.

Este fue el sistema aplicado en las últimas acciones de los Estados Unidos. En la invasión a Granada, la de Panamá y la Guerra del Golfo. Y no creo que haya mucha esperanza de que eso cambie. Lo más frustrante para los periodistas americanos es que la pre-censura es considerada un buen filtro por el mismo público.

Después de la Guerra del Golfo, 4 de cada 5 americanos respondieron que estaban de acuerdo con las restricciones impuestas por el Gobierno a la información sobre la guerra. Es al mismo tiempo frustrante que los periodistas que pelean en nombre de una audiencia que tiene derecho a ser informada, encuentren que ese mismo público da su respaldo al Gobierno y no al periodista.

La ética relativa del cubrimiento de conflictos

Los periodistas colombianos ya recorrieron este camino hace mucho tiempo, el desafío de los medios de comunicación frente al terrorismo es un tema tan viejo como el conflicto que vive el país hace más de 20 años. Las bombas de Pablo Escobar, los ataques de los “Pepes”, las masacres de los paramilitares y los asaltos terroristas de la guerrilla son hitos de esa guerra y las actitudes que se han asumido ante ese conflicto en materia de información, son de toda índole: desde la ignorancia deliberada hasta la candidez profesional. Desde descolorizar las imágenes de televisión hasta publicar en grupo y simultáneamente los mismos informes. Con esta basta experiencia podría pensarse que nosotros, los periodistas colombianos, son los expertos mundiales en el tema, son los llamados a responder sin titubear dónde está esa esquiada frontera entre el terrorismo y el periodismo, entre la propaganda y la información.

Pero cada vez que vengo a este país me doy cuenta que nada de esto está resuelto, que se vuelve a la misma pregunta, que el debate continúa sin respuesta definitiva y cada vez más sepultado por la abrumadora dinámica de la misma guerra. ¿Cómo debemos manejar el terrorismo en los medios de comunicación?. Sí el conflicto lleva tanto tiempo como el dilema profesional, ¿por qué no se ha resuelto?, ¿Por qué, si se han probado todos los métodos para manejar el problema, la pregunta básica sigue sin solución?

Mi teoría es que la ética del periodismo colombiano es como la ética de la misma guerra que cubre: Relativa, desconocida, fugaz e incontrolable y por ello, estas polémicas sobre la ética en este país, casi siempre terminan en “todo depende”.

Cuando se va analizar un caso, la última frase que se escucha es todo depende. Es una condición que creo que surge de la ignorancia del caso o de la complejidad del mismo. De no saber que pasó antes y después del artículo, de la entrevista, del informe de televisión cuestionado. De no haber hablado con sus actores, de no haber analizado fríamente el contenido.

Por eso creo que la única manera de poder evaluar la ética del periodismo es reconstruyendo la historia cuestionada, poniendo en práctica lo que hacemos para el público, pero en este caso al revés: para nosotros. Entrevistando a los protagonistas cuando las cámaras se apagan, ubicando los momentos en los que se envolaron los papeles o se perdieron las perspectivas y al final señalar responsabilidades con nombres propios, como hacen los médicos en los hospitales cuando se equivocan. Es la única manera de aprender lecciones prácticas, de lo contrario volveremos al dilema genérico de lo que debe ser o no debe ser, a ese dilema que se termina resolviendo con la ética visceral: lo que uno siente que es bueno. Una vez documentado el caso las opciones son sólo dos: el silencio o la publicidad. La autocensura o la divulgación. Yo tiendo a favorecer personalmente lo segundo entre otras cosas porque no conozco un sólo secreto que tenga un final feliz.